

Prejuicios persistentes

Amparo Moreno Sardà

Periodista y profesora de Historia de la Comunicación Social en la Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Autónoma de Barcelona

Análisis de los contenidos del programa de Ciencias Sociales en la Educación Secundaria Obligatoria, según la Ley de Orgánica de Ordenación del Sistema Educativo (LOGSE). Se destaca la persistencia de algunos prejuicios y estereotipos sexistas. Lo personal aparece desligado de la dimensión histórica colectiva, y la familia, de las restantes transformaciones sociales.

Ciencias Sociales, Educación Secundaria Obligatoria, Reforma educativa actual, sexismo y educación

La aprobación de la Ley de Ordenación General del Sistema Educativo (LOGSE) requiere una adaptación del profesorado a los nuevos programas docentes. Sin embargo, aunque hay que reconocer el esfuerzo realizado desde las instancias oficiales por combatir, con un lenguaje cuidado, algunos prejuicios que lastran el pensamiento académico, éstos persisten en las nuevas propuestas que, si las leemos con detenimiento, podemos ver que no son muy distintas de los anteriores programas, al menos en Ciencias Sociales. Y es que la reforma de lo que se transmite en las aulas exige, ante todo, que los profesionales —esto es, quienes profesamos en esa forma de explicar el mundo— desaprendamos pautas de pensamiento que aprendimos tras un largo y doloroso ritual iniciático y hoy constriñen nuestra capacidad para reconocer lo que vivimos.

Así, en la Introducción al Diseño Curricular Base del Área de Geografía, Historia y Ciencias Sociales de la Educación Secundaria Obligatoria, elaborado por el Ministerio de Educación y Ciencia, se dice que una de las actitudes que orienta los contenidos del área es la tolerancia y solidaridad, «en particular con las personas, grupos y pueblos que padecen discriminación u opresión por cualquier motivo: edad, sexo, religión, cultura, raza, opinión política, desigualdad económica etc.». Éste y otros párrafos similares hacen pensar que en esta propuesta se ha erradicado ese sexismo adulto clasista y racista (ese androcentrismo) que afecta a tantos textos académicos. Pero una lectura atenta, fijándonos en la noción de lo humano, y en el sistema de valores y el universo mental que se propugna, permite advertir que no es así.

Examinemos, primero, con qué noción de lo humano se ha construido este texto. Y empecemos fijándonos qué se dice de las mujeres: en las 88 páginas de que consta, sólo aparecen 13 referencias específicas, de las cuales 7 en la explicación de los bloques de contenido; de éstas, 5 relacionadas con actitudes, valores y normas, y sólo 2 con los hechos, conceptos y principios. De modo que la (relativa) insistencia en la discriminación de las mujeres junto con la escasa mención a hechos y conceptos en los que éstas aparecen como actrices o protagonistas, provoca una imagen sexista lastimera y negativa que alimenta, una vez más, la creencia en el protagonismo y predominio masculino. Si, además, analizamos el tipo de acciones y calificaciones que se asocian con las criaturas no adultas, vemos que éstas son consideradas frecuentemente como sujetos pasivos y pacientes de la actividad docente, y raras veces son valoradas positivamente. Es más, suele achacarse a los adolescentes unos prejuicios y un dogmatismo que no estaría mal reconocer en la propia mirada adulta.

Porque el problema está en esa virilidad adulta que se puede detectar tras el sujeto que ha producido el texto: un ser que, en la medida en que habla de «*solidaridad con individuos y grupos desfavorecidos, marginados y oprimidos en nuestra sociedad...*», o de «*solidaridad con pueblos y grupos humanos pobres y explotados...*», «*solidaridad con personas, grupos y pueblos que padecen discriminación u opresión por razón de edad, sexo, religión, cultura, raza, opinión política, desigualdad económica...*», de «*solidaridad con sociedades y grupos*

sociales desfavorecidos...», «solidaridad con personas que padecen enfermedades asociadas al alcoholismo y la drogodependencia...», «solidaridad con personas socialmente desfavorecidas, en particular las que se encuentran sin trabajo...», delata que se considera no-desfavorecido, no-marginado, no-oprimido, que no forma parte de pueblos y grupos humanos pobres y explotados, que no padece discriminación ni opresión por los diversos motivos indicados, que no carece de alimentos ni de recursos, ni sufre enfermedades asociadas al alcoholismo o la drogodependencia, y tampoco se encuentra sin trabajo.

Atendamos ahora a lo que en el texto se considera significativo e insignificante, para clarificar el sistema de valores y el universo mental correspondientes a esta noción de lo humano. Para ello, en lugar de restringir nuestra mirada a las actuaciones y personajes propios de los escenarios públicos, tal como es habitual en el pensamiento académico, partiremos de la evidencia de que nuestra existencia personal y colectiva transcurre entre los espacios domésticos y los escenarios públicos.

Ciertamente, se advierte cierta preocupación por considerar las motivaciones y aportaciones personales, así como por la vida cotidiana y la familia. Sin embargo, lo personal aparece desligado de la dimensión histórica colectiva y viceversa. Y la organización familiar se trata desvinculada de las restantes transformaciones sociales; y, al mencionarse primero a propósito de la Prehistoria, y luego al hablar de los *«desequilibrios y conflictos del mundo contemporáneo»*, no se sabe qué pasa con esta institución en el largo periodo intermedio. Diríase incluso que la familia es ajena a las fluctuaciones demográficas (puesto que no se habla de ella en los temas dedicados a *«Sociedad y territorio»*), y que no tiene nada que ver con la propiedad privada. (Por cierto, que sólo en una ocasión se habla de *«las injusticias que pueden derivarse de las desigualdades en la propiedad económica.»*)

Esta limitación de la mirada al ámbito público favorece que se asuma como natural el sistema de valores que rige en él: esto es, la voluntad de dominar el mundo. De modo que, a pesar de las buenas intenciones, no se evita el etnocentrismo eurocéntrico que a veces se denuncia: aquellas sociedades contemporáneas que no sobrepasan el marco del Estado español y de la Europa occidental, quedan relegadas al eje temático que trata de las *«Sociedades históricas y culturas diversas»*, y relacionadas con un pasado ya superado por la *«sociedad postindustrial»*.

Todos estos prejuicios repercuten decisivamente en el eje temático que trata de *«El mundo actual»*. Porque no se pueden abarcar las dimensiones de esa aldea transnacional a la que nos asomamos desde el televisor de nuestras casas si, en la mejor tradición de las Ciencias Sociales, menospreciamos las transformaciones que se han producido en los espacios domésticos y en el sistema matrimonial-patrimonial sobre el que se asientan las restantes relaciones sociales (hablar de *«las transformaciones familiares, la familia como unidad de consumo, nuevos roles masculinos y femeninos y de los jóvenes»* resulta demasiado pobre). Y, tampoco, si atribuimos a las demarcaciones estatales y a los actores políticos un protagonismo que, a lo largo del siglo XX, ha sido superado por la aviación, la radio, la televisión, los satélites de comunicación..., y los intereses financieros que potencian estas tecnologías, en la fase actual de conquista de la Tierra desde el espacio.

Quizás por eso, aunque los medios de comunicación de masas reciben mayor atención de la habitual en muchas obras de Historia Contemporánea, diríase que se piensa en ellos ante todo como un recurso didáctico atractivo *«por su especial idoneidad para alumnos menos motivados por las tareas escolares o con relativas dificultades ante determinadas tareas»*, pero a los que se acusa de que pueden *«reforzar actitudes pasivas»*, y que se recomienda utilizar con una actitud crítica que no se propugna respecto a los textos escritos académicos.

Y es que sólo llevando la crítica hasta la autocrítica de las pautas con que hemos aprendido a explicar el mundo académicamente, podemos advertir la persistencia de unos prejuicios que restringen en nuestra capacidad para re-conocer el mundo en que vivimos. Ya que, como advirtió Aristóteles, *«es más difícil olvidar lo aprendido que aprender por primera vez»*.